

¡COMO A UN BICHO!

APENAS cruzaba don Zenón por frente a la puerta del rancho, cuando de inmediato se oía la voz suplicante y fuerte de don Nicasio:

—¡No me deje, hermano Zenón! ¡Hermano Zenón, no me deje!

Por apurado que estuviera don Zenón persiguiendo sus negocios de lanas y cueros, no podía menos que acudir al llamado angustioso. Al entrar, encontraba sobre una cama de hierro, en un ángulo del pobre rancho, al viejo soldado, extendido y estirado. De la pierna que se quebrara en forma inexplicable al bajar del caballo, colgaban plomos y piedras que la mantenían tensa.

—¿Qué quiere, viejo? —preguntaba don Zenón con solicitud.

Al sentir la voz amiga y reconfortante, a don Nicasio le parecía que ya estaba salvado.

Con frases cortas, como quien tiene la costumbre de hablar poco y pensar mucho, hacía su pedido y contaba sus impresiones.

—La tablita, don Zenón, se me va regalando. ¿Ve? El trapito se m'a caído. Ansina me duele la pierna cuando no la puedo sujetar.

Y terminaba con ira reconcentrada.

—Hoy no es visto a naidés.

—¿Como a nadie! —interrumpía don Zenón, mientras le arreglaba la tabla, recogía el trapo y los colocaba con cuidado de madre debajo de la pierna dolorida.

—¿Y doña Tomasa?

—No se po donde anda.

—¿Y Julieta?

Los ojos brillantes parecieron encenderse en medio de la cara fatigada y barbuda del viejo soldado.

—¡Naidés! —gritó—. ¡Naidés! ¡Hermano Zenón! Parece mentira que en treinta días que no puedo levantarme m'aigan perdido el miedo. No se dónde se meten. No las veo más. A l'ora de comer me tiran el asao y después... hasta que baja el sol. ¡Hermano, qué disgracia estar ata!

Y la mandíbula inferior, que parecía temblar, convulsionaba la gran barba blanca. El viejo no podía someterse. El, que jamás conoció lo que era un remedio y estimaba el recado en buena cama, sentía aquella quietud prolongada como una injusta venganza del destino. Y su familia, la mujer y la hija, de quienes el había dispuesto siempre como dueño y señor, andaban sueltas, ¡sueñas!

—Bueno, viejo —concluyó don Zenón.— No se me enoje. Yo se las voy a mandar. Deben andar por lo de doña Juana. ¡Qué caray! Ellas también deben estar aburridas de quedar siempre en las casas.

—Pue ser. No se qué me da, hermano Zenón. Me vienen ideas que nunca e tenido. Yo conozco a Tomasa. Sólo se aguanta a juerza de rigor. ¡Aura... quien sabe lo que hace!

La voz se le apagaba, temblando.

—No se me amaule, viejo, que yo vendré a menuco a charlar.

Y don Zenón, el caudillo del pueblo, antes de irse, para mejor ocultar su emoción, hizo como que arreglaba el tabaco negro y los avios de fumar junto a la cabecera de la misera cama.

Doña Tomasa, volviendo la cabeza hacia el lado opuesto del que se hallaba don Nicasio y con gesto despectivo, le alcanzó el mate.

—¿Querés amargo? Ahí lo tenés.

Dudó un momento don Nicasio antes de decidirse. Pero tenía sed y aún que sentía sus nervios agotados alargó, al fin, en silencio su mano. Mientras sorbía el mate, fija la mirada en las bridas que estiraban su pierna, concentraba sus dolorosos pensamientos en una sola idea. Con ademán lento devolvió la enorme galleta y sin mirar a su mujer le preguntó con voz baja y segura:

—¿Ande juiste?

Doña Tomasa, con la misma lentitud, tomó el mate y dijo al cabo de un rato:

—Po ai.

Llenó nuevamente el mate. Luego, viendo el silencio de don Nicasio, lo sintió vencido, sin fuerza para luchar y le invadió el deseo de provocarlo. Y entonces concluyó:



—... hasta lo de Nicanor.

Al viejo le pareció que el insulto penetraba en su carne como una hoja de acero.

Doña Tomasa hizo resonar el mate con dos sorbos rápidos y vigorosos, dejando luego escapar una sonrisa de sus labios gruesos de jamona que muestra su lujuria impunemente.

—¡Jué lindo el baile —continuó—. Estaba toda la mozada. Había pa todos. Ni yo perdí pieza.

Se sentía audaz y llena de confianza, dispuesta a vengarse de la sujeción en que la había mantenido el marido, celoso de su juventud marchita pero aún codiciada por cierta aristocracia del pueblo. Una ráfaga de maldad llenaba sus nervios y como sabía que antes de dejar la cama ella podría hacerle olvidar esas escenas, prosiguió en su locura, dando detalles.

—No te creas que el baile jué con acordión. Trajieron gramofono. Es como un cielo bailar con gramofono. Después se priesentó al baile la Sinforosa. ¡Como si no hubiera pasado nada entre ella y Nicanor! Más vale no hubiera ido. Comió cola hasta que quiso.

—¡Tomasa! —dijo el viejo, en voz tan baja que parecía implorar.

—Figurate que Nicanor no hizo nadita más que atenderme a mi.

—¡Tomasa! —repetió don Nicasio co-

mo ahogado, mientras en su cerebro palpitaba una idea dominante—. ¡Tomasa! Te atendió a vos. ¿Y tu hija?... ¿Dónde está tu hija?

—¿Ande está?

A doña Tomasa le pareció que despertaba de un sueño y recién entonces oyó las risas de Julia, que hablaba con alguien cerca de la casa.

—¿Ande está?... —sopló el viejo—. ¡A que está con Nicanor! ¡Vieja zonzaj! Te buscan a vos por Julieta. ¡Qué valés vos, achura revolcada! ¡Julieta, mi Julieta es la que me perdiste!

Y en tono amenazador le gritó:

—¡Abri esa ventana!

Con un movimiento rápido, sacó de debajo del colchón su vieja y quebrada lanza de media luna, cuyos restos de ébano aún reflejaba en las virolas de plata el orgullo de su dueño.

—¡Abri esa ventana, yo lo quiero ver a ese carancho! ¡Abri, vieja perra!

Doña Tomasa sintió que desaparecía toda su locura. Como si estuviera magnetizada, fue hacia la ventana y la abrió.

En lugar de mirar, don Nicasio cerró entonces los ojos. El sabía de memoria la escena de seducción bajo la enramada donde naufragaba la inocencia de su hija.

—¡Vieja, mirá lo que has echo! ¡Mirá!

Doña Tomasa, abriendo los ojos, atacada de hipo, tartamudeó:

—Yo no creiba...

El viejo, en cuyo brazo temblaba el resto de lanza, se sintió cegar. Le pareció que sus músculos tenían la pujanza juvenil de otras épocas y en su alma experimentó la alegría de poder arrojar de sí aquel peso angustioso que le volcaran tantas horas de infamia, rumiadas en silencio. Dió un grito, como para prevenir noblemente al enemigo y blandió su lanza. Los amantes volvieron entonces los ojos hacia el viejo, que en la distancia parecía debatirse en ademanes descompuestos y sin comprender bien lo que querían significar, ellos también levantaron en alto los brazos, imitándolo cómicamente con un ademán de saludo.

—¡Como a un bicho! —rugió entonces el viejo—. ¡Como a un bicho te via clavar...!

Pero la lanza que siempre fue certera, se desvió esta vez y en lugar de ir recta hasta el seductor, clavó entre las gruesas maderas de la ventana el cuello de doña Tomasa.

—¡Mesmo... como a un bicho! —siguió murmurando don Nicasio, mientras contemplaba los estertores de la víctima.

Y nunca quiso declarar si fue un error aquel su último homicidio.

F. Francisco MAZZONI.

Ilustracion de Mario De Cola.

Maldonado, diciembre de 1955. — Especial para EL DIA.